

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Daniela I. de la Fuente Esquinca

“En medio de esta heroica pena
bombardeada”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 21-24.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Niebla, mi camarada, aunque tú no lo sabes, nos queda todavía, en medio de esta heroica pena bombardeada, la fe, que es alegría, alegría, alegría.

RAFAEL ALBERTI,
"A *Niebla*, mi perro"

Cuando traje a mi perro a casa por primera vez hace cuatro años, era un cachorro rubio de un mes y medio de nacido que pesaba apenas dos kilos con doscientos gramos, según la balanza de la veterinaria, y cabía con espacio de sobra a lo largo de mi antebrazo, donde lo llevé cargando ese día hasta que se me cansó el resto del brazo. Parecía triste, la mujer que me lo dio me advirtió que estaría amodorrado el resto de la tarde como efecto de la vacuna que le había colocado frente a mí, pero que no debía preocuparme. Al llegar a casa, lo puse en el suelo y él buscó inmediatamente algún refugio oscuro donde ocultarse de nuestra mirada: el espacio vacío que había dejado en el armario un cajón faltante.

El día que lo recogimos aún no tenía elegido el nombre para él, si bien había pasado algún tiempo ya desde que decidí tener un perro y activamente lo había buscado. Tenía algunos nombres pensados, pero ninguno parecía ser el correcto. Mi primera opción había sido *Apolo*, al ser mi dios grecorromano favorito, patrono de la poesía y de la adivinación, y protagonista del mito que más me gustaba y que conocí gracias a una famosa carta de amor escrita por Oscar Wilde (mi autor de cabecera entonces) a su amante, Lord Alfred Douglas. La frase que hacía referencia a él era: "Sé que Jacinto, al que Apolo tan locamente amó, fuiste tú en los días griegos".

En medio de esta heroica pena bombardeada

Daniela I. de la Fuente Esquina

Aquella frase ponía mi corazón, adolescente aún, a alucinar con un amor así de épico. Sin embargo, mi novio descartó el nombre tan pronto lo sugerí, al parecerle demasiado común: montones de perros se llamaban de ese modo, qué habría de destacar al nuestro de entre todos ellos.

Aunque era chocante, tenía razón. El nombre que eligiésemos debía demostrar, estaba claro, que para nosotros este era un perro fuera de lo ordinario. T. S. Eliot dice en su poema "The Naming of Cats" que "un gato necesita un nombre que sea particular, un nombre que sea peculiar y más digno, ¿o de qué otro modo podrá mantener su cola en perpendicular, o retorcerse los bigotes, o atesorar su vanidad?" Me parece que esto se debe considerar de igual manera para las mascotas de otras especies. Es una materia seria, como queda explícito en dichos versos, pues definirá su carácter de allí en adelante. Se ha dicho que el nombre es destino, por lo que nombrar al perrito de forma ridícula lo condenaría a ser una criatura ridícula; nombrarlo, en cambio, con un nombre digno, iba a hacer de nuestro peludo amigo alguien digno. Así que, por varios días, mientras se me ocurría algo, el cachorro permaneció sin nombre.

Así fue hasta que un día, al llegar a la tienda de mascotas para comprarle un platón ade-

cuado para la comida y otro para el agua, me encontré con una revista sobre mascotas de compañía, cuya edición especial era sobre los Cocker Spaniel, raza a la que pertenecía mi cachorro. Decidí comprarla, no solo porque era sobre un tema que me interesaba, sino porque también estaba en descuento del 50 por ciento, y quién no ama una buena oferta. Qué maravillosa coincidencia era, a la que quise interpretar como un guiño del destino. Mi crianza católica me tenía convencida de que "las cosas pasan por algo", fuerzas divinas conjugar sus energías para que las cosas se den de una cierta forma. Al hojearla, en el índice encontré un artículo sobre las apariciones de esta noble raza en la historia de la literatura, y al ser estudiante de la materia, no pude sino precipitarme a leer tal artículo antes que cualquier otro. Allí descubrí el dato que me ayudaría a bautizar a mi perro con el nombre perfecto:

[El Cocker Spaniel] es conocido en Inglaterra desde hace más de 600 años, y eso se fundamenta con la primera mención de la raza en la literatura del país con Geoffrey Chaucer (*Los cuentos de Canterbury*), y con Gaston Phébus, conde de Foix, donde cita al Spaniel en su obra *El espejo de Febo...*

¡Claro, cómo no se me había ocurrido! El epíteto de Apolo, breve y cuyo significado encajaba perfectamente con las características del cachorro: resplandeciente o brillante. Sin alejarme de mi propósito inicial de nombrarlo igual que el dios de la lira, lo nombré así: *Febo*.

Febo, tan pequeño, resultó un gran reto, pues nunca antes había cuidado de un cachorro, si bien anteriormente había tenido como mascota a otro perro, un mestizo de talla mediana, peludo, irremediablemente despeinado y alegre. En mi cumpleaños número catorce, que habíamos celebrado en casa de mi abuela, esta me dio a elegir un cachorro de los tantos (ocho en total) que había parido su perra *Pegui* ese mismo mayo, un día seis para ser exactos, tras una escapada en la que fue preñada por un perro de la cuadra (y cuya identidad permaneció desconocida). Yo elegí al más pequeño de la camada. Ella me prometió conservarlo en casa y cuidar de él hasta que fuese tiempo de mudarnos con ellos, lo cual estaba programado para dentro de seis meses a partir de entonces. Cuando al fin nos mudamos mis hermanos, mi mamá y yo a casa de la abuela, el perro ya estaba bien asentado allí. A él lo llamé *Hachiko*, ya que por entonces era fanática del animé y en mi favorito, *Nana*, a una de las protagonistas le llamaban por ese apodo, en referencia al famoso y leal Akita Inu.

Pues bien, a pesar de que ya había sido dueña de un perro anteriormente, debo decir que a los catorce años lo fui de una manera terrible. A pesar de ser mío, quien lo alimentaba todos los días era la abuela, que les depositaba en el suelo, a él y a *Pegui*, los restos de la comida que

sobraba de la mesa. La verdad es que en aquella época no me preocupé por investigar cuáles alimentos eran aptos para los perros y cuáles no: si la *Pegui* había vivido perfectamente cinco años con la dieta que le proporcionaba mi abuela, qué mal había en que *Hachiko* se alimentara igual. Ambos cánidos dormían fuera, sin contar con una cama o una caseta: tenían para ellos el resguardo del techo que bordeaba la casa y que cubría la pequeña banqueta que servía como espacio de lavado. Nunca salían a pasear, ni siquiera tenían collares, mucho menos correas para el paseo. Vivían marginados en el patio trasero de la casa, con su pequeña porción de pasto, flores, arbustos y un pequeño pozo de agua, pero sin acceso permitido al interior de la casa.

A la *Pegui* la amarraban con una cuerda a los barrotes de una ventana y la sentaban en una silla de plástico cuando la abuela o el abuelo necesitaban salir al patio y tener abierta la puerta de la cocina. A *Hachiko* también, pero a veces, a escondidas de mis abuelos y mi madre, mis hermanos y yo lo dejábamos entrar, y él se escondía debajo de la mesa del comedor, del sofá o, alguna que otra vez, debajo de mi escritorio o el tocador de mi hermana, sin hacer el menor ruido hasta que alguno de los mayores lo veía y lo mandaba de regreso al patio. Aunque hacíamos la rebeldía de meterlo a casa o de ayudarlo a esconderse cuando él lo hacía por cuenta propia, la verdad es que no pusimos, en particular yo no puse, verdadera oposición a la voluntad adulta de que durmiera fuera. Si acaso, en las noches lluviosas lo dejaba entrar por la ventana a mi habitación para que no sufriera frío, pero si mamá lo atrapaba antes de que corriera la noche, ella dictaba su suerte.

Tampoco llevaba registro de su cartilla de vacunación: la verdad es que el perro no habría recibido inyección alguna de no ser por las campañas de vacunación canina domiciliarias, que consistían en la visita de alguien capacitado para inyectar a los perros domésticos que así lo requirieran. Sabrá Dios si las tenía todas. Pero quizá la peor negligencia, de entre las que cometí, fuera la que refiere a las garrapatas. *Hachiko* siempre tuvo garrapatas pues vivía a la intemperie, por lo que a veces pasábamos rato mis hermanos y yo arrancándoselas y quemándolas todas con ayuda de un encendedor o vela. Cada cierto tiempo le comprábamos pipetas contra las garrapatas, que le colocábamos en la piel del lomo después de abrir el camino entre tanto pelo. Los esfuerzos eran en vano, las garrapatas no dejaban de hostigarle. Nada iba a cambiar, ahora lo sé, si *Hachiko* no dejaba de frecuentar el patio en el que proliferaban estos bichos y no tratábamos con los mismos remedios a su madre, que seguro estaba infestada también. En fin, que *Hachiko* murió con dos años de edad, poco después de que la *Pegui* huyera una noche durante las fiestas decembrinas, a causa del miedo que le causaba el ruido de los cuetes, y nunca más regresara.

Solía creer que *Hachiko* había muerto a causa de las garrapatas, pero recientemente he comenzado a pensar como más probable que muriera a causa de la soledad. Su madre, su mejor amiga, ya no estaba con él. Los días anteriores a su muerte había dejado de comer y de beber agua. En algún lado leí que los perros se deprimen durante el duelo y uno de los síntomas graves es la falta de apetito. Una noche se escabulló dentro de

la casa por una ventana abierta y a la mañana siguiente encontramos su cuerpo rígido debajo de la cama de mi hermana mayor. Por mucho tiempo me sentí mal de que en su último aliento eligiera la compañía de mi hermana y no la mía, pero ahora entiendo que lo natural para los perros a la hora de morir es buscar un lugar oscuro donde refugiarse, y en mi habitación no había sitio que le sirviera para este propósito: mi cama estaba a ras de suelo y cualquier otro lugar en mi habitación lo dejaba desprotegido. Debajo de la cama de mi hermana, en cambio, halló el sosiego que buscaba.

Al enfrentarme a la crianza y cuidado del nuevo cachorro, ahora con la libertad de hacerlo como yo y solo yo creyese conveniente, procuré investigar sobre crianza canina en internet y en algunos pocos libros con los que me crucé en librerías, lo que me permitió enterarme de cosas que antes no sabía y realizar un mejor trabajo. Ante cualquier mínima duda, una búsqueda en línea o en el índice de los libros era suficiente. Sin embargo, al ser primeriza y vivir en un departamento minúsculo, la tarea no me fue fácil y pronto me llené de frustraciones. Asimismo, me ahogaba de culpa al darme cuenta de lo diferente que estaba criando a este nuevo perro del anterior. Mientras más leía sobre el tema, más me daba vergüenza descubrir que antes lo había hecho todo mal. Nuevos miedos y dudas surgían, me preguntaba si había tomado una buena decisión al hacerme de un cachorro. A veces lo observaba dormir profundamente y su respiración era tan calma que me entraba el miedo de que estuviese muerto; tenía la loca idea de que podía darle algo así como muerte de cuna, por lo que lo tocaba para



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 5

despertarlo y comprobar que siguiera vivo. Para mi suerte, era así cada vez.

Mi novio y yo nos dimos cuenta enseguida de que el cachorro tenía pulgas, por lo que investigamos qué hacer para deshacernos de ellas. La mayoría de las páginas de internet y el veterinario coincidían en que, al ser tan pequeño, había muy pocos métodos convenientes: no podíamos bañarlo aún porque, sin las vacunas oportunas, podía enfermarse y morir. Debíamos esperar hasta que tuviese al menos la vacuna contra el moquillo. Decidí emplear remedios poco agresivos y naturales para aplacar el problema en lo que llegaba el momento de recurrir a los baños y pastillas. Cualquier cosa que leyera, la intentaba. Con ayuda de una botella rociadora cubrí

todas las esquinas de la casa con vinagre de manzana. Algunas veces, también con una mezcla de agua, aceite de lavanda y aceite de limoncillo. Tomó muchos meses eliminarlas por completo, pero al final lo conseguí.

Comencé en aquellos días a tener pesadillas en las que volvía a ver a *Hachiko*. En ellas, el chuchito me reprochaba no haberlo cuidado como ahora cuidaba a *Febo*: lo justo del reproche me atormentaba. Los sueños, conforme avanzaban los meses, se fueron volviendo más vívidos y complejos. Daban inicio siempre en un departamento que nunca antes había visto, pero que, en la lógica onírica, yo reconocía como una vivienda pasada de un tiempo lejano que solo existía en este mundo de los sueños, un tiempo ya fijo dentro



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón núm. 2*

de él, como una ley escrita sobre piedra. A aquel sitio yo había traído antes dos cachorros blancos con manchas negras y de pelo largo que, apenas hube depositado en el suelo, corrieron, como si fueran cucarachas, a esconderse tras el refrigerador y allí permanecieron hasta que me olvidé de ellos y mudé de domicilio. Al momento de mi retorno, los evocaba de pronto, lanzándome a escudriñar tras el refrigerador en su busca, sin éxito. Continuaba buscándolos hasta que se me aparecían de golpe dos perros adultos, unas bellezas de Springer Spaniel y supuestamente las criaturas olvidadas, que al verme me recriminaban mi descuido. Yo, perpleja, preguntaba cómo habían sobrevivido y a modo de respuesta me guiaban internándonos al fondo

del departamento, donde había una entrada secreta a un desvencijado invernadero de techo abovedado donde crecía de forma libre una vegetación tropical, cuyos frutos eran su alimento. Funcionaba básicamente como un terrario gigante. El aire húmedo y tibio cubría los cristales de vaho y creaba una atmósfera de selva profunda, pero también fantasmagórica. Allí moraba *Hachiko*, entre un montón de perros que yo no reconocía. Todos, aparentemente, perros olvidados y, quién no lo asegura, muertos, conformando una banda parecida a la de los Niños Perdidos; eran “los niños que se caen de sus cochecitos cuando la niñera no está mirando y que, si al cabo de siete días nadie los reclama, se los envía al País de Nunca Jamás...”, y *Hachiko* aquí represen-

taba el papel de Peter Pan: el eterno niño, su líder.

“El hecho de que alguien haya muerto puede significar que no está vivo, pero no significa que no exista”, escribió Julian Barnes, lo cual comprobé aquellos días en que *Hachiko* estuvo más presente que nunca en mis pensamientos y en mis sueños. La verdad es que por entonces llegué a delirar con que había regresado, no solo durante la vigilia, sino por medio de *Febo*, reencarnado. Miraba detenidamente los ojos del cachorro y me preguntaba si al interior de ellos se encontraba ahí metido el espíritu de *Hachi*. Pensaba que era posible; si somos capaces de imaginar e incluso admitir como posibilidad que las almas humanas reencarnan, por qué no van a hacerlo las de los perros también, que se parecen tanto a nosotros o con los que nosotros guardamos grandes semejanzas. Porque de que tienen alma, la tienen. Los perros sufren y gozan; aman y desprecian; se vengán, sienten celos, guardan luto, construyen amistades; son más complejos y profundos de lo que la mirada humana puede aprehender y poseen un mundo oculto del que no sabemos casi nada pero que podemos intuir quienes los amamos. “La aflicción, al fin y al cabo, puede llegar a convertirse en un espacio moral”, también dijo Barnes, y era dentro de ese espacio en que todo era posible, que *Hachiko*, bajo la piel de un cachorro Cocker Spaniel rubio rojizo, había vuelto a mí. **LPyH**

Daniela I. de la Fuente Esquina es narradora, poeta y traductora. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Es editora del suplemento *Corre, lee y dile* de la Editorial de la UV. Fue beneficiaria del PECDA Tabasco en la emisión 2024.